

Terriblemente bello

Desde que me enviaron a Maseru, capital de Lesoto, en África, aprendí que la belleza, radica en las pequeñas cosas. Me recibí de médico a finales de año de 2004 y tres meses después tuve la propuesta de trabajar en ese país, precisamente en su ciudad más importante: la capital.

Nada conocía yo del lugar y poco me tentaba la idea de irme tan lejos. Aceptar esa oferta laboral al fin del mundo (como decía mi madre) apartándome de mi familia, mis amigos y de las cosas queridas de mi país, no estaba siendo la opción que más me atraía. Sino fuera porque a mitad de ese verano en que concluí mis estudios, la inesperada noticia del trágico accidente de mis padres me desarmó por dentro, no lo hubiera aceptado jamás. Al menos, eso creo.

Ocurrió que desde ese día siniestro y doloroso, sentí que ya nada me ataba ni me hacía sentir arraigado ni siquiera a mi propia casa y me tentó la posibilidad de perderme en la lejanía, tratar de sanar las heridas que quemaban en llagas intensas y de por supuesto, aplicar todo lo que había aprendido de mi profesión y que sabía yo, hubiera hecho sentir gran orgullo a mis padres; más aún, siendo su único hijo.

Pasaron varias semanas desde el infortunado episodio que me había partido en dos literalmente. Una mañana de lluvia -típica tormenta de verano- mientras tomaba una taza de té de manzana, miré por la ventana el árbol de eucalipto del jardín que estaba a dos metros de donde yo me encontraba de pie. Dos aves pequeñas trataban de guarecerse de la lluvia y la ventisca cubriéndose entre sí. Abrían sus alas y se protegían. Las miré fijamente y sentí como si algo me aclarara la visión. Una señal.

Respiré profundo y decidí levantar el teléfono y aceptar aquella proposición que de alguna manera, sentía que era el pasaporte para aplacar el dolor, intentar sanar, romper con el duro golpe de encontrarme cada mañana en aquellas calles donde había vivido los momentos más felices de toda mi vida, hasta ese trágico verano.

Pasaron muchas sensaciones terribles y encontradas, dentro mío, durante ese mes y medio antes de partir. Una mañana templada de abril, me encontraba desembarcando en Mozambique para luego dirigirme a Lesoto, y a mi destino final, Maseru. Apenas puse un pie en el lugar, volví a sentir que el universo conspiraba en contra mío. ¡Qué había hecho! ¿A dónde había aceptado ir?

El corazón parecía dar saltos por todo el cuerpo y una sensación de desolación me asediaba. Maseru era un lugar muy desolado, árido, montañoso, de escasa vegetación, con bosques de eucaliptos que habían sido talados casi completamente. Un lugar de temperaturas bastante bajas y nieve intensa en las zonas más altas.

Por lo que había averiguado, muchísimas enfermedades azotaban a las comunidades debido al clima y a los bajos recursos. El HIV era una preocupación latente y otras enfermedades endémicas ponían en riesgo a muchos adolescentes y niños. Hacía falta alguien fuerte y entero y yo había aterrizado ahí, con mis angustias, mis miedos, mis dolores y mi desazón, entre otras cosas que traía en las dos valijas que arrastraba conmigo.

Hoy llevo diecisiete años aquí trabajando como médico en el Hospital Zonal. Mis pacientes me quieren como si fuese su familia y me lo hacen sentir siempre. Vivo en una cabaña cálida con Johari, mi mujer y con mis pequeñas Lewa y Zunduri. En ellas palpo cada día la vida más de cerca, me obsequian con sus boquitas sonrientes los pequeños detalles que me conmueven y hacen que le dé más valor a mis días. Desde la ventana del cálido comedor veo un eucalipto añejo que suele llenarse de aves que trinan todas las mañanas y cada vez que escucho el sonido de su canto recuerdo el eucalipto de la casa de mis padres y aquellos gorriones que se protegían del agua, esa mañana cargada de tristeza y de lluvia. Y sonrío, porque los imagino a ellos dos sonreírme. Corro por las montañas y construyo chozas con ramas flacas y secas, persigo con mis hijas a los corderitos que se escapaban con sus balidos graciosos y le saco fotos a las cebras, las jirafas y los antílopes. Converso de noche con Johari bajo el cielo pintado de estrellas que se reflejan en sus ojos cuando me mira. No hay grandes cosas en Maseru. Hay cosas inmensas. Esas pequeñas cosas que le devolvieron los latidos a mi vida.